

ABRIL ZAMORA

NETFLIX

UNA SERIE
ORIGINAL DE
NETFLIX

UNA NOVELA DE

ÉLITE

ASIGNATURA
PENDIENTE

Alguien que viste con el uniforme del colegio y se oculta tras un pasamontañas está sembrando el pánico en el entorno de las Encinas. Pero nuestros protagonistas no pueden detener sus existencias. Gorka ha iniciado una relación complicada con Andrea, la hija a todas luces perfecta de un político de izquierdas, que empieza nueva en el colegio; Melena ha dejado los estudios para ayudar a su madre en la cafetería y quiere mantener vivos a toda costa los nuevos lazos afectivos que las unen; Janine está obsesionada por resolver las extrañas muertes que están teniendo lugar y que amenazan a sus amigos; y Paula se ha de enfrentar al mundo adulto, tras decidir dejar el colegio y empezar a trabajar. Y, entre todo ello, siguen sus amoríos y sus escauceos, sus dudas y temores, solo que ahora teñidos de intentos de superación personal, y salpicados por las puñaladas del desconocido asesino en serie.

Si en *Élite: al fondo de la clase* Abril Zamora se centraba en los amoríos y desventuras de un grupo de adolescentes desadaptados que intentan hacerse un hueco y lidiar con sus conflictos sentimentales, sexuales y amistosos, todo enmarcado en la primera temporada de *Élite*, en esta ocasión los personajes de Paula, Janine, Gorka o Melena han crecido un año, e intentan levantar cabeza como el ajolote..., un anfibio capaz de regenerarse y curar sus heridas sin dejar cicatrices.

Un nuevo curso escolar de muerte en la vida de los cinco adolescentes entremezclados con la trama central de la segunda temporada de la serie.

Prólogo

Las paredes del quirófano estaban pintadas de un azul chillón poco tranquilizador y Paula no podía dejar de pensar que era el color de Los Pitufos. Eso, en lugar de calmarla, la alteró un poco más. Pensar en dibujos animados mientras estaba espatarrada en un potro en una clínica abortista la hacía todavía más consciente de la realidad. Era una niña. Una niña con las piernas abiertas en una camilla. No estaba cómoda, no estaba tranquila, tenía miedo al dolor y tenía miedo de que la operación pudiera dejarle secuelas... no físicas —la doctora ya le había hablado de eso—, sino emocionales.

Le dieron ganas de saltar de la camilla, cerrarse el camión para que no se le viera el culo y salir corriendo de ahí, pero no podía..., no podía llevar a cabo ese embarazo por muchos motivos. Tenerlo nunca fue una opción. O eso es lo que le explicó a su madre cuando le confesó que creía estar embarazada. Desde aquel día en el que se lo dijo y descubrió una expresión dramática nunca vista en sus padres, no pasaba ni un minuto en el día en el que ella no pensara en Ana, que era como había bautizado a su hija en la cabeza.

Sé que es una niña, o sea, que sería una niña. Sé que si no la sacara de mi cuerpo y la dejara crecer sería una niña. Lo noto, lo sé. ¿Ana? Es el primer nombre que me vino a la cabeza. Mi abuela se llamaba Ana y cuando era pequeña leí una novela que se llamaba Ana de las tejas verdes que iba de una chica inconformista, y yo soy así..., y mi hija habría sido así. Ana. Hablo con ella todo el rato. Todo esto del aborto es algo muy, cómo decirlo, solitario. Claro que

mi madre ha estado todo el rato cogiéndome de la mano, cuidándome y acariciándome el pelo como si tuviera ocho años, pero es algo raro, contradictorio, porque es un tema tabú del que no hablamos pero que está presente todo el tiempo.

Cuando mi madre me pone las tostadas en el plato por la mañana, me miran y me gritan: «¡VAS A ABORTAR, PUTA!». Cuando meto los platos en el lava, y saco la bandeja para colocar las cosas, suena algo en plan «HACES COSAS NORMALES, PERO ¡VAS A ABORTAR!». El silencio cuando mi madre se sienta en el balancín por las noches grita: «¡TU HIJA VA A ABORTAR! ¡ERES LA PEOR MADRE DEL MUNDO!».

Los objetos hablan de nosotros, los silencios y la nada susurran sobre lo que crece en mi útero, pero nosotros no decimos nada, aunque haya un montón de cosas no dichas. Muchas. Es como cuando mi madre me acaricia el pelo, lo que te decía, o cuando me mira desde el salón mientras yo cruzo el porche, o cuando mi padre me observa cenar en cualquier restaurante: sé que solo piensan en eso. Es una escalera de pensamientos entrelazados. El primer peldaño que bajamos es el aborto, claro, en el que nos encontramos con la incomodidad, bajamos otro y llegamos al sótano de las relaciones sexuales previas al embarazo. A ningún padre le gusta imaginarse a su hija en una cama o a cuatro patas en el asiento trasero de un coche, y no tiene nada, pero nada que ver con que yo sea menor.

Podría tener treinta y ocho años que mi padre seguiría sufriendo al imaginarme en mi noche de bodas, ¿entientes? A los padres no les gusta imaginarte fértil, ni follable, no..., pero mucho menos les gusta imaginarte espatarrada en el potro mientras van a extraerte un «casi feto» de lo más profundo de tu ser.

Muy mal todo.

¿Y yo? No he llorado ni una vez durante todo el proceso. Ha sido rápido, pero a la vez ha sido eterno. Lo típico:

«Qué raro, ya me tenía que haber bajado. Ay, Dios, que no me baja...», entonces, todas las preguntas posibles. Creí haberlo hecho siempre con condón, pero luego ya dudé y luego también pensé que alguno podía estar roto o caducado. Pensé muchas posibilidades.

Unas muy lógicas, en plan, «Gorka me ha dejado preñada», otras muy tontas: «No debí sentarme en aquel baño público» y otras todavía más estúpidas, sobre todo después de ver Dark Skies ,una peli de extraterrestes: «¿Y si he sido abducida?». No, no he sido abducida, ni me he quedado embarazada por sentarme en el baño de los Cines Ideal. No. Me he quedado embarazada porque tuve relaciones sexuales y porque mi examigo eyaculó dentro de mí repetidas veces. Fin. Y decía lo de llorar porque estoy orgullosa de mí, de no haber hecho un drama. Siempre he sido llorona, tú lo sabes. Ver las dos rayitas en el Predictor me hizo subir dos rayitas en madurez, supongo, pero estar embarazada me llenó de cemento los pies y me noté..., no sé cómo decirlo, con peso. Pum. Peso y soy capaz de conducir mi propia vida. «Ya no soy una niña —me repito— y no lloro». «Ya no soy una niña —me repito— y no lloro, no lloro...».

Paula empezó a llorar. Había contenido sus lágrimas desde el principio, había conducido con el freno de mano puesto sin darse cuenta y eso, lo mires como lo mires, hace que el coche se resienta. La pared azul, pensar en Los Pitufos, ver a su madre al otro lado con una extraña y leve sonrisa para infundir calma, era algo aterrador.

Todo era aterrador, se sintió más niña que nunca y se puso a llorar, pero no le resbalaban lagrimitas suaves por las mejillas, no. Era un llanto de esos que te hacen vibrar la barbilla, de esos que quieres detener, pero cuanto más piensas en detenerlo, más crece el nudo en la garganta: de esos. Un llanto de niña de diecisiete años recién cumplidos. ¿Había madurado? La hostia. Pero crecer no es como des-

bloquear una pantalla nueva en un videojuego. Sí, desbloqueas nuevos retos y nuevas aventuras, pero eso no quiere decir que tus temores se superen de golpe. No. Madurar es enfrentarte a otro tipo de problemas que ves de lejos o que no sabes ni que existen, pero no es conseguir las herramientas como por arte de magia para poder solventarlos, ¿entiendes? Paula no lo entendía y por eso lloraba y por eso quería huir, pero sabía que no tenía dónde esconderse. Empezaba a pensar en que el feto iba a estar con ella si no dejaba que esa aguja entrara en su cuerpo. Olvidó por arte de magia todo lo que le había contado la doctora y solo vio un elemento punzante ir hacia ella. Miró a su madre, que seguía con esa extraña expresión que también formaba parte del abanico de registros nunca vistos hasta el momento, e intentó susurrar algo, algo que nadie pudo entender en la sala salvo su madre:

—*Lo siento.*

Ella se sentía rara por no habérselo dicho a Gorka; tardó mucho en plantearse que tal vez tendría que haber hablado con él, pero ya le parecía demasiado mogollón y quería que todo pasara rápido, que no se supiera..., y aunque en el fondo de su ser le latía muy fuerte el concepto de que algo estaba haciendo mal, se lo justificaba a las mil maravillas con todo tipo de excusas, unas más convincentes y otras más reguleras. Pero Gorka estaba a otra cosa, estaba enamorado y sabía cortar a la perfección los filetes de salmón para hacer un sashimi de lo más profesional.

Sí, el sashimi me queda genial. No es que mis padres hayan perdido la cabeza, pero están muy encima de mí.

Mucho. Demasiado. Claro, se entiende. Una chica de mi clase, una niña a la que hemos visto crecer y que vivía un par de casas más allá ha sido brutalmente asesinada.

La muerte de Marina conmocionó a todo el vecindario y obligó a que los padres levantaran las cabezas de sus teléfonos móviles y de sus tabletas y que dejaran un poco de lado los skypes con reuniones internacionales para mirar ca-

ra a cara al conflicto. En este caso el conflicto era que puede que hubieran dejado descuidados a sus hijos.

No todos los padres eran alarmistas, no todos los padres se volcaron en sus hijos. Algunos tuvieron conversaciones con ellos para saber un poco más sobre sus vidas, algo que no siempre daba sus frutos, pero especialmente los padres de Gorka sí que recibieron la muerte de Marina como una inesperada llamada de atención. ¿Y qué hicieron? Desaprender lo que habían aprendido. Desde que el chico cumplió los quince, empezaron a darle mucha libertad y la estupenda relación que tenían se fue disolviendo por culpa del hermetismo emocional de su hijo adolescente. Poco hablan de sentimientos en casa, hacerlo daba vergüenza, pero había que arrimar el hombro y ponerse a ello. Eso no quería decir que sus padres culparan a los padres de Marina de la muerte de su hija, pero en el fondo pensaban que si hubieran sido más protectores tal vez la chica estaría viva y coleando y disfrutando de su beca.

Empezaron a hacer actividades en familia, cosas muy sencillas. Revisitar museos, salir a cenar o incluso ver películas y series juntos. Gorka, que siempre era majo y entendía el malestar de los padres, cedía como si fuera un acto fácil, pero hubiera cambiado cualquiera de esas jornadas por jugar unas partiditas al *Call of Duty*, eso es así.

¿Un curso para aprender a ser un chef de comida japonesa gourmet? Pues a mí no me venía muy bien, pero ¿qué iba a hacer? ¿Decirles a mis padres que se fueran a freír espárragos, asegurarles que no iba a morir asesinado si me quedaba en casa o si me iba al gimnasio? Pues no. Total, eran solo tres noches a la semana y lo cierto es que no era un curso al uso.

Tomábamos saque y vino blanco. Sí, a mis padres se la suda un poco que beba alcohol, siempre y cuando sea con ellos. Parece una contradicción con toda la movida de la protección y tal, pero si estoy bajo su supervisión, que me tome una cerveza les parece de lo más normal.

El curso se impartía en un bajo bastante extraño.

Digo extraño porque cruzabas una puerta metálica y llegabas a una especie de jardín cerrado lleno de árboles y plantas y lucecitas por las paredes y el techo.

El agua de, al parecer, una fuentecilla que yo nunca supe encontrar creaba una atmósfera muy molona con su goteílllo y aunque eso a veces daba ganas de mear era bastante relajante. No, yo no quería hacer el cursillo, pero cuando entré la primera vez en ese bajo...

... Se enamoró.

Me enamoré.

Andrea se estaba haciendo una coleta para retirarse la larga melena, larga y oscura, de la cara. Sonreía y cuchicheaba con su hermana Claudia mientras manipulaban un gran trozo de atún. Miss Yamabuki, la profesora, presentó a Gorka y a sus padres incluyéndoles en el grupo y desde que la chica alzó la mirada y se encontró con los ojos del chico un extraño efecto imán se creó entre ellos. Andrea no sabía por qué no podía dejar de mirarle, pero se ruborizaba al ver que era algo recíproco. No podían dejar de mirarse.

Andrea piensa que es guapo y que sus orejas de soplillo son de lo más sexy. Le gusta que sea unos tres dedos más alto que ella y le hipnotiza cómo utiliza sus manos. Lo ve cortando el pescado o haciendo las bolitas de arroz para los nigiris y puede imaginarse esos movimientos a cámara lenta. Le ha escuchado hablar, y, aun siendo de familia bien —porque ella lo nota—, tiene un deje un poco de barrio y eso le suma un punto de lo más exótico.

Gorka piensa que ella está buenísima. Aunque no tiene el típico cuerpo reloj de arena que le gusta —Gorka es ese chico que en el porno siempre busca latinas—, le parece que su cintura estrecha compensa su falta de cadera. También le gustan su carita aniñada y sus mejillas sonrosadas sobre su piel blanquecina. Y su pelo.

Le vuelve loco su pelo.

Tiene el pelo como si fuera una japonesa. Liso, muy liso, largo, larguísimo y oscuro y tiene ese flequillo recto que me hace pensar en una de esas chicas de dibujos manga.

Tiene los morritos carnosos y las pestañas más largas que he visto nunca. Además, me he acercado alguna vez a ella y no lleva ni una gota de maquillaje.

Ella no llevaba ni gota de maquillaje el primer día. El segundo, después de quedarse prendada por Gorka, ya usó la artillería pesada a modo de corrector y un poco de gloss de tono melocotón, que dejaba sus labios de lo más brillantes y jugosos. Ella no era tonta y sabía que llevar los labios hidratados hacía que los chicos se sintieran totalmente atraídos como las moscas que van a las lámparas de luz. Andrea no tenía mucho interés en seducir a nadie, siempre había pasado de los chicos.

Estaba más ocupada en hacer amigos, porque hacía poco que había vuelto de un selecto internado en Múnich y no quería aprovechar este nuevo comienzo para acabar siendo la novia de alguien. Quería centrarse, estudiar, empezar con buen pie, pero lamentablemente para ella sus planes se trastocaron cuando Gorka entró en su vida.

No es que yo quisiera ligar con él, pero me parecía tan mono que forcé un poco la situación y fui a lavarme las manos al mismo tiempo que él. Vale, mi hermana Claudia me incitó a que lo hiciera y casi parecía un juego, yo no sabía que volvería a verle una vez acabara ese curso de tres días que nos convertía en unos experimentados adolescentes en lo que a las artes de la cocina japonesa se refiere. Y ahí estaban sus manos otra vez, frotándose con jabón bajo el grifo. Sí, me acerqué.

Sale a toda potencia.

—Sí, con lo bonito que es el sitio deberían darle un repaso a este grifo. Pasa, pasa, ya estoy... —contestó él con una sonrisa de las que achican los ojos.

Una cosa llevó a la otra y hablaron de la dificultad del sushi, cosas muy banales, sí, pero que sirvieron para acer-

carse un poco más, para ver que ambos estaban por la labor de tener una conversación. Que si «antes casi me corto», que si «es que los chuchillos son como... cuchillas», y ella dio un paso más allá.

—¿A ti no te parece que Miss Yamabuki no es japonesa? Creo que está forzando el acento, pero es una china...

El chico no pudo evitar reírse y explicar que no se lo había planteado, pero que ahora ya no podría darle ninguna credibilidad cuando le dijera que lo estaba haciendo «*tolomal*».

—¿Cómo te llamas? Yo me llamo Gorka.

—Yo Andrea.

—No te he visto antes, ¿no?

—No, es que he llegado de fuera, o sea, que he estado fuera estudiando... una temporada.

Ella sonreía y eso le daba un aire de persona resolutiva en las relaciones sociales, pero que estaba hecha un manojo de nervios era obvio: titubeaba como si no encontrara las palabras. Él lo notó y entendió que a ella también le hacía tilín.

Esa segunda noche, después de la conversación cerca del grifo, Gorka la *stalkeó* como un loco en las redes sociales. Lo descubrió todo de ella con un par de clics:

Nombre: Andrea

Apellidos: Batallán

Edad: dieciséis

Número de seguidores: 230k

Horóscopo: escorpio Familia: su padre es el político de izquierdas Juanjo Batallán. Su madre, Carlota, es una señora rubia que sonrío mucho y de la que poco sabemos. Su hermana Claudia tiene diecinueve años y estudia Ciencias Políticas. A las dos les encanta la hípica.

Serie favorita: *Por trece razones*.

Música: le gusta mucho un grupo que se llama The Vaccines y las canciones antiguas de un tipo que se llama Leonard Cohen.

Le gusta: los caballos, la noria, la comida, la danza *funky* y los mandalas para colorear, las cuentas de Instagram de perros feos y los calcetines gorditos.

No le gusta: la intolerancia, el machismo, los tacones altos, cuando llevaba el pelo corto, las arañas, los lunes, los mejillones, la caza, *Juego de tronos*.

A mí la verdad es que no me apetecía tener una novia, pero, claro, si el destino te pone delante a la chica perfecta y no para de sonreírte y darte pistas, pues te lanzas...

Y Gorka se lanzó, pero mucho, y quedaron un par de veces. La primera cita fue rara y atropellada, porque los dos tenían tantas ganas de mostrar la mejor versión de sí mismos que eso hacía que no hubiera espacio para los silencios incómodos. Hablaban como cotorras. La conexión no partía de que tuvieran muchas cosas en común, no las tenían, sino de que se adaptaban estupendamente. La segunda cita fue más relajada porque el turno de palabra se respetaba mejor; ya no había atropellos verbales constantes ni frases inacabadas. Él se quedaba embobado surcando sus ojitos claros. Ella se perdía en su sonrisa incansable. Sin darse cuenta, los dos, que andaban tirando a perdidos, se encontraron en un beso. Ambos supieron que tendrían una historia. Una de verdad, una historia larga, real. Se gustaban al mismo nivel. No había roles raros, ni relaciones de poder, solo atracción y una preciosa y calentita sensación de estar en casa cuando estaban juntos. Pero eso no lo digo yo, lo dice ella.

... Cuando estoy con Gorka siento que estoy en casa.

Parece algo muy raro o una tontería, pero he vivido mucho tiempo en colegios lejos de mi familia, en internados, he aprendido a comunicarme en un idioma ajeno y conozco muy bien esa sensación de... de hogar.

Con Gorka la tengo. No, yo no quería tener un novio, pero si el destino me lo pone delante, ¿qué hago?, ¿perder el tren? No..., no. No.

Y se hicieron novios. Todo muy rápido.

Y sí, sé que te lo estás preguntando... ¿Gorka se olvidó de Paula, así de fácil? Pues la respuesta es sí.

Cuando tienes dieciséis, vives las cosas con mucha intensidad, pero todo lo intenso forma parte de un viaje en montaña rusa..., subes, empieza la locura, pero luego el trayecto se acaba enseguida. A ver, si eres masoquista y te va la caña puedes subir una vez tras otra, pero Gorka estaba cansado de todo lo que tenía que ver con ir detrás de una chica y se bajó de la montaña rusa en cuanto pudo, y, como Paula puso distancia de por medio, no se habían vuelto a ver, algo que facilitaba de todas las formas que ella fuera quedando olvidada. Claro que pensaba en ella de vez en cuando, pero lo único que extrañaba era la vertiente amistosa de la chica, sus charlas y confidencias antes de que él se colara por ella, antes de que empezaran los toqueteos y los mareos *rompeamistades*.

Había asumido que la distancia siempre estaría presente entre sus caminos y no le preocupaba mucho el tema.

Pasó página y, al pasarla, encontró a Andrea.

Vale, entonces el verano para Paula había sido un cuadro; para Gorka había sido una romántica ilusión. ¿Y para Janine?

¿Mi verano? Buf..., ha sido de las cosas más deprimentes que te puedas imaginar. No hemos ido a ningún sitio porque mi tía Emilia, la hermana de mi madre, ha estado muy extraña y no hemos querido dejarla sola ni un minuto. Nos dijeron que tenía una enfermedad rara, pero en realidad lo que le pasaba es que tenía una depresión de caballo porque lo dejó con su novio y estaba tan floja que no era capaz de levantar cabeza, de enfrentarse a la vida por sí misma. Ninguna enfermedad rara te provoca llantos extremos cada dos horas o te obliga a estar en pijama comiendo helados y apetinas, no, eso solo lo hacen las rupturas, lo sé de buena tinta porque me flipan los culebrones y los seriales. En lo del amor y las rupturas puede que no tenga mucha experiencia en primera persona, pero soy una auténtica

experta en la teoría. Así que mi verano, genial, vamos. No tengo amigos... y todo el mundo se ha querido alejar de mí por miedo a que me volviera loca y denunciara a la peña. Si a eso le sumas que a una compañera de clase la asesinaron brutalmente y que se rumorea que el asesino está suelto —porque nadie cree que Nano, al que detuvieron, fuera el culpable—, pues hace que solo se hable de una cosa y que los padres no fomenten el que sus hijos salgan, se emborrachen..., al contrario, lo que potencian es el encastramiento veraniego. De puta madre. Qué ojo, yo estoy muy acostumbrada a mi soledad y me la gozo, pero cuando la elijo yo. He hecho un curso de edición de vídeo por YouTube, sí, he pensado en hacerme youtuber ,pero luego me he dado cuenta de que no tengo contenido, ninguno, así que he desestimado la idea. La soledad potencia mi creatividad a tope, sobre todo por las noches. Por las noches se me ocurren ideas muy guais, pues yo qué sé, para escribir una novela, para dibujar un cómic, para lanzarme al mundo del cortometraje, pero por la mañana todo me parece un cuadro. Es como si la luz matinal me diera siempre una fuerte hostia de realidad y mi realidad ahora es la que decía: cero amigos, cero planes, mucha comida basura que me hace feliz y mucha tele doblada, sí, antes veía todo en versión original, pero me estoy volviendo de un vago..., estoy perezosa.

Estoy esperando septiembre como agua de mayo.

Va a ser duro. Hay gente, sobre todo los amigos de Mario, que me odia, pero en el fondo me va a dar cierta vidilla, mucha más vidilla que el programa de los gemelos que hacen reformas, mi única ocupación diaria..., esa y cuidar de mi ajolote.

Cuando acabó el curso, mi hermano me regaló un ajolote... Yo tampoco tenía ni idea de lo que era, es más, cuando lo vi me pareció la cosa más asquerosa del inframundo. Es como si mezclaras una rana fea con la picha arrugada de un viejo, como un alienígena... Es como todo eso, pero

cuando lo miras fijamente te das cuenta de que detrás de su rareza está su esencia. Es como albino y tiene unos ojos negros brillantes y una mueca de sonrisa buenrollera. Mi hermano empatizó mucho con todo lo de Mario y me regaló el bicho en cuestión, porque los ajolotes tienen una cualidad muy chula: curan sus heridas, pero hasta niveles muy locos, en plan me cortas una pata y me vuelve a salir. Tienen la capacidad genética de regenerarse ellos solitos sin dejar cicatrices y mi hermano pensó que era un buen ejemplo para mí. Muy cursi, pero la verdad es que me emocioné... Y, aunque el bicho me dé asquete, simboliza algo muy bonito. Sí, toda mi familia me vio tirando a mal, más emo de lo normal, y es... normal que pensarán en que me iba a tirar por un puente, pero nada de eso, mi vida es gris y una caca, pero, chica, la valoro. La vida es como una carrera de obstáculos. Hay que saltar, hay que correr, pero es bonita..., o a mí me lo parece.

Ahora estoy en una etapa mala, vale, lo asumo, transito por ella y ya me llegará la etapa buena, pero, por favor, ¡QUE LLEGUE YA!

Ella no quería solo una buena etapa, lo que quería era un novio. Pero no había manera. Sí, lo había probado con Tinder, pero nadie le cuajaba. No es que el conflicto con Mario hubiera sido una cosa muy sonada, lo fue un par de semanas, pero luego quedó eclipsado, obviamente, por la muerte de Marina. Y lo cierto es que Wendy, la ex de Mario, se había encargado de esparcir la semilla del odio hacia Janine diciendo que estaba loca, que se había inventado todo el tema del maltrato... y, claro, los chicos no se acercaban a ella. Unos sabían que la muchacha tenía razón, pero aun así preferían no exponerse a ello.

Janine deseaba que su trifulca con Mario no hubiera existido, es más, le hubiera gustado que el curso anterior se borrara de su historia personal del todo, pero eso era imposible, sobre todo con el juicio del chico a la vuelta de la esquina. Recibía amenazas por Instagram, comentarios

hirientes de gente que ni la conocía, pero es que las redes sociales tienen eso. Mario iba a ser juzgado por un juez, Janine era juzgada por todos los usuarios de Twitter e Instagram, y aun siendo objetivamente la víctima, para muchos era una chica rellenita y friki que solo quería darse notoriedad.

Otra de las cosas que pesaban en Janine era el desastroso entorno amistoso que tenía. Si su núcleo ya de por sí era muy reducido, además estaba patas arriba.

Gorka había empezado con una chica y no tenía tiempo para nada más que el gimnasio y para ella. Paula había desaparecido del mapa y Melena..., pues nunca fueron muy amigas, pero ahora menos porque Melena estaba con la cafetería que había montado con su madre y no tenía tiempo. Ahora trabajaba, ahora tenía una familia, ahora tenía pelo, ahora tenía una vida...

Mi vida había dado un giro de... de muchos grados, trescientos sesenta se me quedan cortos. ¿Sabes esas películas en las que el niño o la niña protagonista pide un deseo muy loco frente a la tarta de cumpleaños o delante de algún juguete mágico y el deseo se cumple?

¿Sabes? Pues si alguien me hubiera dicho que deseara algo el año pasado hubiera deseado sentirme normal, y es justo como me siento... Estaba acostumbrada a las comodidades y eso ha cambiado, pero soy... feliz, me da corte decirlo, pero las cosas van bien. Puede que mi circunstancia no sea objetivamente la mejor, pero si comparas mi vida ahora con la que tenía el curso pasado es obvio que hay una diferencia notable. Las peleas con mi madre se convirtieron en la extraña relación de Chicas Gilmore que tenemos ahora. Mis problemas con las drogas se han convertido en un montón de experiencia sobre la hostelería y mi gesto seco y amargado se perdió dejando paso a una sonrisa...

A ver, no nos engañemos, no soy un puto anuncio de compresas. Los porros es que me gustan, y no me hacen mucho daño... Sí, he visto documentales donde dicen que